



Visita al territorio de Emiliano Monge



La Escalera

Lugar de lecturas

I am one, my liege,
Whom the vile blows and buffets of the world
Have so incensed that I am reckless what
I do to spite the world.

W. SHAKESPEARE, *Macbeth*

LA RENUNCIA

Ésta es la historia de un hombre que sin saberlo fue su siglo y la de un lugar que se condensa aquí en un nombre propio: Germán Alcántara Carnero. Una historia de violencia incontenible y natural que exige ser contada como una biografía discontinua y que no debía empezar aquí: el 13 de mayo de 1956, minutos antes de que el sol se pose en el cenit y las mujeres corran las cortinas en sus casas, a la hora en que recogen las exigüas nopaleras a las sombras que arrastran como capas y las aves vuelan a esconderse entre las grietas de los muros encalados y en las ramas que hace poco renovaron su follaje, sentado en su oficina, una oficina desprovista de detalles, de cuidados y de lujos, Germán Alcántara Carnero, el primer y único hijo que tuvieron Félix Salvador Germán Alcántara Arreola y María del Pilar y del Consuelo Carnero Villalobos, atestigua la hora en que se encuentra como si ésta fuera el atlas de su vida: ha imaginado este momento tantas veces que no cree que haya llegado, que no cree que finalmente esté pasando.

Por fin acabo con todo esto, piensa Germán Alcántara Carnero y en su alma una docena de emociones aletean como aletea una parvada cuando se alza de la tierra. Ya era hora de que todo esto acabara, insiste este hombre al que encontramos hace apenas un momento y cuyas manos ahora trazan una línea imaginaria en su

escritorio: en este lado está la vida que he llevado y en este otro la existencia que ahora empiezo... acá quedan el coraje, el odio y la tristeza y allá aguardan la esperanza y el consuelo. Sacudiendo la cabeza y aplaudiendo Germán Alcántara Carnero, a quien vamos a seguir durante toda esta historia, una historia que no habrá de acontecer continuamente pues es antes que una historia una vida y de una vida importan sólo los instantes deslumbrantes, borra la línea imaginaria que trazara en su escritorio y observando un pequeño brazo de hojalata se extravía en la dilatada perspectiva de una brecha que conduce hacia un jacal en cuya puerta hay dos mujeres que de pronto se deshacen: golpea una mosca el rostro de Germán Alcántara Carnero y el pequeño brazo de hojalata que conserva de los días de su infancia vuelve a ser sólo un objeto.

Borracha de calor, la mosca que sacó de su memoria a este hombre al que observamos traza una espiral en el espacio y se posa en un pesado armatoste que remata el escritorio por la izquierda: hace ya un montón de tiempo que las aspas de este gris ventilador que bajo el polvo fue amarillo no dan vueltas, hace ya un montón de tiempo que Germán Alcántara Carnero debería haberse deshecho de este objeto: no podía, sin embargo, deshacerse del regalo que le dio Anne Lucretius Ford el primer día que visitó esta oficina. En la memoria de este hombre, a quien también referiremos de esta forma: nuestro hombre, es decir: en la memoria de nuestro hombre el ventilador sucio y descompuesto echa a andar este recuerdo: da la vuelta nuestro hombre en el pasillo de allá abajo y levantando la cabeza ve a Anne Lucretius Ford subiendo la escalera, arrastrando la caja que contiene el aparato que él dejará hoy en este sitio. Tú no cabes en la vida que hoy empiezo, afirma Germán Alcántara

Carnero observando las tres aspas oxidadas pero haciendo referencia en realidad a Anne Lucretius: ¡tú no cabes en la vida que hoy empiezo! Sacudiendo la cabeza nuevamente nuestro hombre convierte el ventilador en un ventilador y vuelve hasta el instante en el que estamos: no debo pensar en mi pasado... hoy sólo quiero imaginarme lo que sigue.

Porque hoy empiezo nuevamente, afirma nuestro hombre a voz en cuello y sin dejar quieta aún su cabeza insiste: no debo pensar en mi pasado... hoy no necesito recordarlo... hoy todo empieza nuevamente. Cuando Germán Alcántara Carnero por fin deja quieto el cráneo ya se ha convencido de que Anne Lucretius Ford se ha marchado y de que no habrá otro recuerdo que abandone de repente su pasado y se entrometa en esta hora en la que se halla, en esta que es su hora más deseada. Una mosca diferente a la anterior, sin embargo, cruza enfrente de los ojos de nuestro hombre, que curioso como es sigue su vuelo y posa luego la mirada en el retrato de Teobaldo Pascua Gómez. Viendo la nariz del que un día fuera su jefe, sus dos pómulos rocosos, sus dos sienes macizas, sus cejas encrespadas, su cabellera deslucida, su quijada sin mentón y su mirada hueca y fría, nuestro hombre se consiente: hago muy bien en marcharme... si me quedo yo tendría la misma suerte... acabaría como acabaste esa mañana que subimos a la sierra a destruir aquella iglesia. Por suerte para el hombre que es nuestro hombre la mosca alza otra vez el vuelo y comprendiendo que empezaba nuevamente a recordar Germán Alcántara Carnero también alza los ojos del retrato de Teobaldo, aprieta luego en puño las dos manos y en voz baja se regaña: no debo pensar ya en nada de eso.

No debo pensar ya en nada de antes de este día... es éste el primer día de los días que me quedan, afirma nuestro hombre paseando sus dos ojos por la pared que tiene enfrente y viendo allí las cosas que hay colgadas: un par de cuerdas gruesas, tres cadenas, seis candados, un serrucho y varias herramientas de dentista, se sonríe por vez primera en varios meses y otra vez se dice, a las 12.33 del 13 de mayo de 1956, a la hora pues en la que el sol toma el cenit y el mundo es desprovisto de sus sombras: de ese lado queda la existencia que he llevado y de éste la que ahora mismo empieza... aquí quedan pues el odio, la tristeza y el coraje y aquí aguardan la esperanza y el consuelo... allá dejo a los seres que he privado de aire y acá a los seres que un día quizás insuflaré de aire. Alimentando su sonrisa, echando al mundo una sonora carcajada y azotando en su escritorio las dos manos, unas manos que conviene ahora anotar: son unas manos gigantescas y fibrosas, unas manos desmedidas que parecen haber sido diseñadas para ahorcar o desgarrar o desmembrar, Germán Alcántara Carnero corta en dos el frío silencio suspendido en su oficina como corta en dos su vida la hora exacta en la que estamos: hoy comienza el tiempo en que seré yo quien decida... no seré ya únicamente el que he podido.

¡Qué emoción que haya llegado este momento... que sea cierta esta hora... que por fin me esté marchando... cruzaré esa puerta y dejaré aquí mi pasado!, suelta Germán Alcántara Carnero viendo ahora el picaporte color oro: voy en serio a olvidar todos los días que he vivido en este sitio... voy en serio a olvidar todas las cosas que han pasado en este sitio... no quiero estar después cargando con las culpas... no quiero estar después pensando en lo que hice... por qué lo hice... por qué hasta parecía que me gustaba... por qué

no quise hacerlo de otro modo. Por suerte para el curso de esta historia, una historia que será mejor no asociar con esta idea: el curso, es decir: por suerte para los saltos de esta historia, aunque nuestro hombre cumpla con lo que ahora, sin dejar de ver el picaporte de la puerta, vuelve a prometerse, es decir: aunque consiga olvidar todas las horas anteriores a esta hora en la que estamos, aquí estoy yo para acordarme y remendar lo que haga falta: en mi poder están las hojas que un día escribió Germán Alcántara Carnero, los cinco testimonios que levanté entre sus muchachos, las noticias que en su día recorté yo de la prensa, las notas que tomé en su momento y el relato de los hechos que he debido imaginar para dar forma a esta historia: la historia de Germán Alcántara Carnero, de la región en que vivió y de la era que marcó a sangre y fuego, una historia que ya dije: no conviene asociar a esta palabra: curso, pues es antes que un continuo una galería de momentos.

Bajaré las escaleras y será la última vez que las baje... no quiero pensar de nuevo en nada de esto... en ninguna de las cosas que hice antes de este día, insiste nuestro hombre despegando su mirada del pequeño picaporte como despegó un matarife el pellejo de las bestias y empujando atrás la silla en que se encuentra añade a voz en cuello: cruzaré después sin detenerme el pasillo y el salón del ministerio... yo no quiero despedirme ni que me hagan una fiesta. Con los latidos agolpándose en su pecho y el espíritu colmado Germán Alcántara Carnero, un hombre tan flaco que dan ganas de tocarlo para ver si es posible atravesarlo, echa la silla en la que está aún más atrás y un instante antes de pararse grita, esperando que lo escuche algún chismoso: más les vale no tenerme

una sorpresa... más les vale no haberme preparado nada extraño... fui muy claro cuando dije: ¡no organicen un festejo! Poniéndose de pie nuestro hombre deja que en sus labios aparezca nuevamente una sonrisa y pensando: tampoco pienso despedirme de estas cosas, gira el cuello y ve el mar de cosas que abarrotan su oficina: más que haber sido acomodadas parecerían haberse ido acumulando, apilando como se apilan las cosas que no se usan: dejaré aquí estas cosas... aunque quizá podría llevarme alguna... para qué querría un sillón desvencijado... podría servirme este archivero... para qué esta vidriería y este baúl descoyuntado... podría llevarme este reloj y esta cadena.

Me llevaré sólo las cosas importantes, se dice, tras pensarlo un momento, nuestro hombre, a quien también vamos a decirle a partir de ahora: Nuestrombre, es decir: me llevaré sólo las cosas importantes, se dice, tras pensarlo un segundo, Nuestrombre, que dando un paso para atrás inclina el cuerpo y alza una caja que ayer trajo a esta oficina: así que antes de hoy Nuestrombre había ya decidido irse de aquí llevándose una que otra cosa: sacarás sólo las cosas importantes. Sin pensar de nuevo cuáles cosas debería hoy llevarse Nuestrombre apura dentro de la caja que ha alzado del suelo un par de sobres, unas llaves anudadas con un lazo, el pañuelo que quitó a Camilo Mónico el Demónico Macías Osorio tras su muerte, el cinturón que Anne Lucretius Ford llevaba el día que cayó herida, la piedra que según él esconde un fósil dentro y el pequeño bulto en el que guarda su abalorio: la bala que hace ya casi doce años le partiera el esternón, le agujereara luego un bronquio y se incrustara en su omóplato derecho. Visiblemente emocionado Nuestrombre observa el bulto que ha metido dentro de

la caja, lo extrae luego con cuidado y colocándolo después en su escritorio piensa que éste es un buen momento para abrirlo: no lo ha abierto en varios años.

Con el bulto abierto como flor delante de él Germán Alcántara Carnero, este hombre que no cumple todavía sesenta años y que mide poco más de uno setenta pero anda tan erguido que aparenta ser más alto, este hombre en cuya boca la sonrisa se deforma de repente, extrae el proyectil que hace tiempo bañó en plata, lo sostiene entre los dedos índice y pulgar y viendo sus destellos se extravía en el recuerdo del instante en que fue herido: habían rodeado él y sus muchachos a unos hombres escondidos en la presa cuando dijo Nuestrombre: no se muevan de este sitio, desde aquí yo sigo solo. Aunque entiende que no debe continuar por el camino que ha tomado, Nuestrombre continúa recordando aquel día en que actuó de forma extraña: tras dejar quietos a sus hombres caminó hacia el arroyo y descubriendose gritó a los cuatro vientos: salgan ahora de esa presa... que no ven que estoy aquí y que vengo solo... que aquí estoy yo esperando. Arrancando la mirada del destello color plata de su bala, sacudiendo la cabeza nuevamente y llevándose una mano al pecho Germán Alcántara Carnero entiende que otra vez ha tropezado con su historia: no debería quizá sacar de aquí ninguna cosa... no debería llevarme ni esta bala, añade ahuyentando así el recuerdo del instante en que fue herido, un instante que será también diseccionado en esta historia, la historia de los instantes que alumbran la existencia de Germán Alcántara Carnero, una vez que haya llegado su momento.

No me llevaré nada conmigo... aquí se queda mi pasado... aquí se queda esta existencia... renuncio a esta existencia para poder

tener luego otra. Sacudiendo la cabeza nuevamente Germán Alcántara Carnero insiste: me iré vacío de aquí para empezar luego a llenarme... no me llevaré ninguna cosa ni sacaré de aquí ningún recuerdo. ¿Qué pasará entonces si olvidas el motivo de tu marcha... si olvidando todo olvidas qué te empuja hoy a marcharte... si olvidas pues por qué te has ido y olvidando empiezas a extrañar esta otra vida?, se pregunta entonces Nuestrombre y al instante se responde: debes recordar siempre los motivos de tu marcha... llevar siempre contigo el recuerdo de las cosas que te hicieron dejar hoy el ministerio... debes llevarte pues de aquí las cosas que recuerden el motivo de tu fuga: esta bala color plata, el pañuelo ensangrentado del Demónico Macías, el cinturón de tela que llevaba Anne Lucretius Ford a la hora de su muerte, que llevaba puesto en esa hora en que no la defendiste... esa hora en la que no supiste cómo defenderla. Un calambre, más bien: un fuerte espasmo estremece a Nuestrombre en el momento en que éste guarda su abalorio y vuelve a verse en su pasado.

Está Nuestrombre escondido en una zanja, su respiración yace agitada y sus latidos tratan de alcanzarse unos a otros, además su lengua es ahora un trapo y un par de sus dedos yacen atrapados en la herida ensangrentada que derrama el vientre de Anne Lucretius. Hablando en voz muy baja, podría decirse: casi murmurando, es decir: casi murmurando y acercando el rostro a la mujer que yace herida, Germán Alcántara Carnero asevera: no es tan grave como piensas... nada más no jales tanto aire... intenta respirar muy poco a poco. Doblando las rodillas pues no puede con su peso la mujer que estamos viendo cae al suelo y se contrae sobre la tierra apretando los dos párpados y abriendo luego los dos labios: no

escuchamos, sin embargo, aunque habremos de escucharlo cuando esta historia esté en ese instante, lo que dice esta mujer pues Nuestrombre ha entendido de repente que aunque tiene que llevarse algún recuerdo no debe extraviarse en su follaje, aunque tiene que marcharse sacando de este sitio los motivos de su marcha no puede pensar en éstos ahora: voy a irme de este sitio... dejaré esta oficina para siempre. Metiendo adentro de su caja las dos cosas que faltaban: el tótem que robó a la familia Prieto Hernández la noche que cogieron a Ignacio del Sagrado Sandoval-Íñiguez Martínez y la moneda que conserva de los años que vivió en otra patria, Germán Alcántara Carnero asevera: así que así será también este marcharse.

Las cosas son las que han sido y no hay manera de que otra vez sean otras cosas cuando han sido ya de una manera, suelta Nuestrombre observando nuevamente el picaporte color oro de la puerta y al hacerlo, además de darse cuenta que lo dicho no tiene sentido, entiende que no puede ser ahora más certero ni tampoco más servil consigo mismo: así que así será también este momento... así que así también serán los años que ahora empiezan... vendrán estos recuerdos de repente... asomarán en mi presente cada tanto... por lo menos ya no llevaré encima la culpa... por lo menos cargaré ya solamente la vergüenza... habré hallado el perdón y el consuelo... me habré ido de este sitio. Levantando la cabeza y transformando en esperanza el miedo a su pasado Nuestrombre deja de mirar el picaporte de la puerta y también deja que sus ojos se extravíen por la oficina: qué más da que tenga para siempre que acordarme de esos días... que tenga para siempre que acordarme de todo eso... lo que importa es que me largo... que hoy

me marcho para siempre. Sonriendo y dejando que la luz que ha asaltado su ventana, afuera el sol ha rebasado ya el centro del cielo, ilumine su mirada, Germán Alcántara Carnero grita: ¡lo que importa es que hoy me largo... que tendré una vida nueva... que me marcho para siempre!

¡Que qué más da por qué me marcho... lo que importa es que hoy me largo... que tendré una vida nueva!, insiste Nuestrombre al mismo tiempo que pasea entre sus manos la pequeña caja en la que guarda sus recuerdos. Por qué habría de detenerme en mi pasado si hoy comienza mi futuro, añade Germán Alcántara Carnero aniquilando los resabios que aún pudieran ensuciar la hora en que estamos y sobre la que volvemos a advertir: es el comienzo de esta historia aún a pesar de que esta historia no debía empezar aquí:

el 13 de mayo de 1956, a la hora en que el calor somete al mundo y a los seres que lo pueblan, mientras se aleja el sol del centro de su imperio y los insectos duermen en los sitios en los que antes se han posado, Germán Alcántara Carnero, a quien sus subalternos apodaron hace ya un montón de años como: el Gringo, es decir: el Gringo Alcántara Carnero, tras dudar de sí y de los motivos de su marcha saca el péndulo que forman su pequeña bala y la cadena que robó un día a Ignacio del Sagrado Sandoval-Íñiguez Martínez, enreda en ésta el más pequeño de sus dedos y ve girar su abalorio.

Es esto lo que tengo que hacer ahora, suelta Nuestrombre y esta vez son sus palabras una fuerza incontrolable, un magma incandescente que le escurre entre los labios y que así también: mientras cae ardiendo de sus labios, sostiene: es esto y no otra cosa. La mano de Germán Alcántara Carnero, de la que cuelga el abalorio, se despliega ahora como midiendo una cuarta imaginaria y

así alcanza con la punta de un dedo la vieja cicatriz que en forma de araña le adorna el esternón a Nuestrombre. En la oficina en la que estamos el calor replica ahora al de afuera: es un calor que tras pegarse a las cosas las exprime: el suelo emana el olor de la madera, apesta a cuero la chamarra en el respaldo de la silla y hiede el baúl de hierro a cosas muertas. Tras un par de segundos que podría decir, si no fuera inútil anotarlo: fueron lentos, es decir: tras un par de segundos que podrían quizás haber sido lentos, la bala que aún sigue oscilando bajo la mano izquierda de Germán Alcántara Carnero, que subiéndola ha alcanzado ya la altura de sus ojos, golpea el sitio que partió hace ya un montón de años y la piel de Nuestrombre tiembla en un escalofrío. Sobresaltado el Gringo Alcántara Carnero aleja de su cuerpo su abalorio y encorvándose sostiene: sabía que era hoy pero no que iba a pasar de esta manera.

En la boca de Nuestrombre, a quien también vamos a decirle en esta historia, su historia: el Gringo, es decir: en la boca del Gringo Alcántara Carnero, que prefiere este apodo pues le trae a la cabeza a un compañero que hace tiempo fue para él muy importante y de quien también vamos a hablar en su momento: Will David Glover, vuelve a posarse una sonrisa y en sus ojos vuelve a verse un brillo vivo, un brillo tan vivo como ese otro que ahora incendia en la ventana la fisura que de lado a lado cruza el vidrio. Más allá de la oficina en la que estamos el sol castiga el altiplano: es la hora en la que estamos la peor hora del calor, cuando la luz es transparente y refulgen los metales como si adentro de éstos se escondieran varios focos. Instigado por los rayos que violentan la ventana y que le dicen que tendría que haberse ido ya de su oficina Nuestrombre

exclama: tengo que pararme y acabar con lo empezado: ahora sí está a punto de dejar el trono de su reino, el imperio en que mandó casi treinta años de manera cruel y autoritaria. Enrollando su abalorio y guardándolo otra vez en su atado el Gringo Alcántara Carnero estira ambos brazos y ambas piernas, arquea luego la espalda y empuja nuevamente atrás la silla en la que se halla, chocando con el muro a sus espaldas y tirando una chincheta: la esquina izquierda del gran mapa que imita el territorio donde estamos se despega, rizándose después como pestaña.

De nuevo en pie Nuestrombre coge el Cristo de madera que robó, aunque prefiere él decir: raptó, es decir: de nuevo en pie Nuestrombre coge el Cristo tatemado que raptó en la iglesia que quemaron él y sus muchachos, incendio que contaré cuando esta iglesia vuelva a ser aquí nombrada, y lo guarda en la caja que está ahora casi llena: no sabe bien a bien por qué no quiere deshacerse de este ídolo que no es el suyo todavía pero habrá un día de serlo, un día al cual iremos juntos cuando sea hora de hacerlo y no sea esta hora en la que aguarda a Nuestrombre una ciudad cocida por el sol que aquí marchita el aire y seca hasta los pozos: la única agua que hay en este sitio viene de la presa que erigieron hace tiempo al otro lado de esta altísima meseta, una presa que surte a esta ciudad, a los seis pueblos y a las quince rancherías que conforman el imperio cuyo pequeño ministerio está hoy dejando el Gringo Alcántara Carnero, un imperio en el que viven 30.234 habitantes, todos los cuales son hijos y nietos y bisnietos del incesto, hombres y mujeres cuyas venas yacen rebosantes, en palabras de Nuestrombre, de coraje, asco, miedo, servilismo, odio y engaño, el mismo coraje, asco, miedo, servilismo, odio y engaño de los

hombres que llegaron a afincarse aquí a lo largo de los siglos y de los pocos naturales que han logrado perpetuarse.

Al inclinarse para alzar la otra caja que ayer trajo a esta oficina Nuestrombre nota que su espalda está empapada y enojado se reclama: no era hoy un buen día para ponerse camiseta, luego resopla con la lengua entre los labios y experimenta un súbito calambre encima de la marca que dejó en su pecho el disparo de Baldomero Díaz Cervantes. Con el tiempo ese calor que el primer día quemó mi pecho se ha apagado y ahora es este pinche frío helado que también quema mi pecho, piensa el Gringo Alcántara Carnero moviendo a un lado su silla y arrancando el mapa de su imperio, luego los recortes de los diarios que yacían también clavados sobre el muro y al final la foto de tres perros retozando que un día recortó de una revista: le recuerdan estos perros a los perros que él tuvo de niño y que se fueron junto a él el día que tuvo que escaparse de su casa: también iremos a este día cuando sea hora de hacerlo. Durante un par de segundos Germán Alcántara Carnero se extravía en el recuerdo de sus perros pero vuelve tras sentir de nuevo el frío espasmo de su pecho: es como poner un hielo en un anafre, le dijo al médico que un día le preguntó: ¿qué te ha traído a esta consulta? Nuestrombre observa en su memoria a este doctor venido de otras tierras y sonríe al acordarse de su acento, de sus raros aparatos y de la forma aún más extraña en que auscultaba su esternón y su omóplato derecho. Luego, caminando a la ventana, Nuestrombre piensa nuevamente en lo que importa: hace tiempo que era ya hora de esta hora... hace tiempo que debía haberme marchado.

En el imponente cielo herrumbroso que observa el Gringo Alcántara Carnero, un cielo que en esta época del año muestra un ligero tono ocre pues el polvo flota en las alturas, el sol se aleja un palmo de las doce y sobre el suelo han germinado ya las sombras. A través de la ventana y de la luz que baña el mundo Nuestrombre ve el comienzo de la plaza, algunas de sus fuentes, el kiosco que se alza en su centro, más allá las copas de los árboles, después las torres de la iglesia y aún más lejos, rodeadas por cien techos, las tumbas del panteón desperdigadas por el monte: Germán Alcántara Carnero podría enunciar uno tras otro los nombres cincelados en las lápidas distantes pero no habrá de hacerlo, no volverá jamás a hacerlo, no enlistará más a las víctimas del odio, del coraje y de la furia equivocada que hasta hoy lo han gobernado. Me marcho porque ya tuve bastante, se dice Nuestrombre y a punto está de darse la vuelta, salir de aquí corriendo y convencerse de que está la libertad ante sus ojos: no imagina que un hombre puede irse de un lugar pero no puede marcharse de una historia, aún no sabe, no habrá de descubrirlo hasta pasados muchos años, que un hombre puede irse de su vida pero no puede escaparse de su sombra.

Es un pensamiento peculiar este que empuja a Nuestrombre a suponer que con el fin de sus años de trabajo en este sitio llegará el final del odio que lo hincha y que lo inflama y de las culpas que después de haber odiado lo desinflan y lo hielan, un extraño cálculo éste que lo lleva a pensar que el arrepentimiento tiene fin y que el consuelo podrá por él ser alcanzado mientras lo lleva al mismo tiempo hacia el borde del abismo y ahí lo mueve como mueve el viento a un ave que no piensa ni va nunca a pensar en las leyes de las ráfagas, las rachas y la calma. El abismo llama siempre al

abismo, repetirá nuestro hombre varias veces el último día de su vida, el día en que termina nuestra historia, pero para esto falta todavía mucho tiempo y no es ahora lo importante. Como tampoco son ahora lo importante ni el pasado ni el futuro de Nuestrombre: lo que importa es el instante en el que estamos: todavía no son la furia ni la culpa ni los miedos ni tampoco el nacimiento de nuestro hombre ni la muerte de su padre ni los años que pasó extraviado en un ejército de pobres ni esos otros años que vivió en una patria extraña ni aún menos los años que seguirán a este instante en el que estamos los sucesos que ahora importan. Lo que importa en este instante es que Nuestrombre, finalmente y sin que algún otro recuerdo se interponga, goza del instante que había estado anhelando y que es también como comienza nuestra historia:

el 13 de mayo de 1956, parado ante la única ventana que hay en su oficina, el Gringo Alcántara Carnero, levantando el brazo izquierdo y tirando con la mano del cordón que está a su lado, deja caer de golpe la persiana y una densa oscuridad se adueña del espacio en el que estamos.

Lo que era un mar entero de destellos es de golpe el interior de un mausoleo, una ciénega atrapada en un cuarto de concreto en el que el Gringo Alcántara Carnero no precisa de mirar para moverse: conoce bien el sitio y los rincones de este espacio que es más bien mediano, este espacio en que a los muebles apilados suman dejadez el escritorio rayoneado por encima e invadido por abajo de los mocos de Nuestrombre y la silla rota a la que ahora Nuestrombre le arrebata la chamarra que hace años le quitara al primer hombre al que mató de inanición en el baúl de hierro que apesta a animal muerto. No soy yo el que los mata, es el tiempo el que los mata,

decía siempre el Gringo Alcántara Carnero y riéndose abría la tapa del baúl que al cerrar decía en cambio: a ver dile a tu Dios que venga y que te saque... que se apersone y te haga el milagrito... a ver dile que rompa mis candados. Pero de esto no es tampoco ahora momento de hablar pues ahora sólo importa que Nuestrombre ya ha doblado su chamarra y se la ha llevado al antebrazo con un cuidado que resulta en él extraño, que ha girado luego el cuerpo, que ha empezado a andar hacia la puerta y que atraviesa ahora el vano, dejando tras de sí abierta su oficina.

Con paso decidido el Gringo Alcántara avanza en el pasillo en el que un par de basureros se desbordan y un corcho escupe las efigies en blanco y negro de los hombres que escaparon a su rabia: desde hoy que para mí éstos ya no existen, se juramenta Nuestrombre al entrar en la escalera que lo deja un piso más abajo, donde su aparición desgrana las miradas que atestiguan su marcharse. Desde hoy que no me alcanzan, se repite extrañado ante el vacío que decirlo le produce: desde hoy que no me cuentan, es como si algo se saliera de su cuerpo, como si otra vez fuera a alzar el vuelo: desde hoy que no son nada, como si al dejarlo el aliento de la ira que ahora finge abandonarlo le quitara peso a su existencia, como si el consuelo estuviera ahora aguardándolo en la calle. Poco antes de entrar en la última sección del ministerio, donde Nuestrombre empezó a trabajar poco después de regresar a este altiplano tras huir de esa otra patria a la que fue con el Demónico Macías y de la cual volvió también con Anne Lucretius y Will David Glover, una huida que tendrá su propio instante en nuestra historia, su sonrisa se deforma hasta ser un gesto de alegría contenida, la alegría reservada y comedida que desde hace un par de horas lucha

por hacerse de su alma: no pensé que este momento fuera a ser como irme levitando.

Fingiendo una sed que no padece el Gringo Alcántara Carnero se sirve un poco de agua en un cono de papel con el que luego no sabe qué hacer y hace una bola que se mete en un bolsillo: quiere prolongar lo más que pueda el instante de su marcha y el placer que irse le entrega: en serio cree que está el consuelo esperándolo en la calle. Las gotas de agua que el papel derrama en su bolsillo se filtran y se persiguen a lo largo de la pierna de Nuestrombre, que a un par de pasos del salón del ministerio oye estallar la ovación de los que estaban aguardando: chifla Will David Glover con dos dedos en la boca, gime Óscar el Chino López Ley cuando ve que la Madrina está gritando, aporreña José Ángel el Cerebro Ordóñez Sánchez el basurero que utiliza de tambor, Ramiro la Madrina López Palas lanza al aire los papeles que pasó media mañana recortando y las gemelas Pascua de Ramones: Ausencia y Amparo, piden al resto de los presentes que no cejen los aplausos. En el corazón de Germán Alcántara Carnero bullen los restos que aún le quedan de coraje cuando entra en el salón donde estallaran sus muchachos, había dicho: no quiero bullicios, había ordenado: no hagan una fiesta. No van a arruinarle este instante... no son cosa suficiente..., piensa Nuestrombre apurando el paso, murmurando: aceptar honores es deberlos, y cerrando los dos ojos: hasta al reino de las sombras al que huye viajan sin embargo las efigies descompuestas de los hombres y mujeres que servían hasta hoy bajo las órdenes del Gringo Alcántara Carnero.

Ni siquiera hoy pudieron hacer bien lo que debían, grita Nuestrombre sin posar en nadie la mirada: ¿no les dije: saben que

no quiero homenajes?, pregunta usando el mismo tono de antes, alzando los dos hombros y abriendo en cruz los brazos. La culpa es mía por pensar que entenderían, añade colocando ahora en jarra ambos brazos y apurando el ritmo de sus piernas grita: y eso que me habían ya dado muestras suficientes de que no entendían nada... de que nunca iba ninguno a entender nada... a ver qué hacen ahora que me vaya, que ya no sea su jefe. A un par de metros de la puerta que separa de la calle el interior del ministerio Germán Alcántara Carnero calla y calma su frenético andar pero pasado apenas un segundo, en el que gira teatralmente para ver, uno tras otro, a los que observan su marcharse, pone a andar su lengua nuevamente: a ver qué hacen ahora que ya no esté yo de jefe... cuando no esté aquí para decirles qué hacer y cómo hacerlo. Sobre el pelo y los hombros de Nuestrombre brillan varios hilos de oro líquido y ardiente: el sol que incendia afuera el mundo es aquí adentro una madeja de hilos que atraviesan el antiguo tragaluz que reventó y fue mal tapiado tras el fuerte terremoto del 21 de febrero de 1946, un día que, a diferencia de los días que aquí han sido anotados y que serán diseccionados en las páginas siguientes de esta historia, no alumbría la existencia de Nuestrombre y no será aquí desentrañado.

En serio no sé yo qué van a hacer cuando les falte... cuando cruce yo esa puerta y no regrese nunca más a este edificio, se pregunta el Gringo Alcántara Carnero en silencio y llevándose una mano a la cintura se responde: por suerte a mí no me interesa... desde hoy que sólo es cosa suya. Con el dedo gordo que pegó hace apenas un momento a la araña de su pecho Nuestrombre afloja la correa que remendó a su cinturón y tocando el frío que ha

empuñado tantas veces asevera: no creo que ninguno vaya a abalanzarse... ninguno tiene el coraje suficiente. Sin prisa pero tampoco lentamente, Germán Alcántara Carnero saca la gastada empuñadura, el martillo y el gatillo, el tambor y la barriga: no creo ni que vayan a atreverse a levantarla... a cogerla estando yo aquí enfrente. Cuando el cañón acaba de asomarse Nuestrombre hace con su brazo una onda y su arma cruza el aire al mismo tiempo que el silencio se hincha como un globo y así estalla cuando azota en una silla, se desliza unos centímetros, escurre sobre el borde y cae pesada sobre el suelo. Arriba hay un montón de cosas... a ver si éas sí les dan para moverse, suelta el Gringo Alcántara Carnero a voz en cuello: para atreverse a dar un paso, añade atestiguando el pasmo de los seres que al oírlo alzan del arma la mirada.

En mi oficina están también la rabia y el coraje... al que los quiera allí están junto a la culpa, asevera enigmático Nuestrombre dándose la vuelta y acercándose a la puerta, donde se aferra al pesado picaporte de metal como un naufrago se aferra a la tierra: allí arriba también dejo la vergüenza que ninguno de ustedes va a sentir ni va tampoco a comprender aunque se esfuerce muchos años. El Gringo Alcántara Carnero quita el seguro a la puerta y al oír el clic de los metales jala el picaporte con sus manos desmedidas: al abrirse la rendija que muy pronto es un rectángulo de luz se escucha el chirriar de cuatro goznes oxidados: ¿en serio crees que aquí dejas todo eso, que aquí se quedan el coraje, el odio y la vergüenza, que eres capaz de liberarte? Por desgracia para el hombre que es nuestro hombre y para la historia que será en adelante nuestra historia los oídos no pueden cerrarse como se cierran los ojos y la boca: Nuestrombre entra al rectángulo de luz que lo convierte en su

silueta: no sé si aquí se queda pero sé que yo me marcho y que haré lo que haga falta para empezar ahora a ser otro, se responde Germán Alcántara Carnero poniendo fin así al instante que había estado aguardando tanto tiempo, el instante con que empieza nuestra historia, una historia que sin embargo no debió empezar aquí.

LA CONCEPCIÓN

Esta historia es pues la disección de los instantes deslumbrantes que relucen como faros en la niebla que resguarda la existencia de Germán Alcántara Carnero, unos instantes que podrían haber sido el comienzo, el entreacto o el final de este relato. Un relato que, como todo buen relato, se preocupa y deja testimonio únicamente de sus nudos y no de su tedioso desarrollo: la renuncia de nuestro hombre a su trabajo, el primer asesinato de un muchacho, la huida de dos jóvenes que escapan a otra patria, el transcurso de una guerra, la muerte de una niña desvalida, la ruptura de una huelga, la conversión de un pueblo en urbe, un tropiezo afortunado, la rebelión de unos creyentes, el fuego que consume a un par de perros, la inauguración de una gran presa, el despertar de un sueño amargo, el pésame de una comadrona y su sobrina, la persuasión de una devota, el encasquetarse de una bala, la conversión de un alma impía, la rabia contra un hombre perseguido varios años, el mutismo intencional y repetido de un muchacho, la concepción de una criatura: una criatura cuyos padres, Félix Salvador Germán Alcántara Arreola y María del Pilar y del Consuelo Carnero Villalobos, nunca imaginaron que serían aquí evocados, que alcanzaban para ser un día evocados.

Pero esta historia, nuestra historia, no disecciona únicamente los instantes que sostienen y que tensan la existencia de Germán Alcántara Carnero, también atiende los instantes que unen su existencia con la de otros hombres y mujeres. Una historia que, aunque no fue ya de esta manera, bien podría haber sido aquí donde empezara:

el 8 de agosto de 1901, a la hora en que se callan las torcaces como si alguien les dijera: ¡ya tuvieron suficiente!, Félix Salvador Germán Alcántara Arreola recobra la conciencia que la fiebre le quitó seis noches antes y antes también de espabilarse se sorprende con la peste de su cuerpo: es un ácido y dulzón tufo afrutado que lo obliga a alzar del suelo el rostro. Mientras deja que la peste se revuelque en su nariz y que en su boca la saliva pierda peso, el hombre al que de golpe estamos viendo se pregunta: ¿cuántos días habrán pasado, desde cuándo que no me alzo, hace cuánto estoy enfermo? Aceptando que no tiene las respuestas que desea, este hombre que no junta aún el valor que lo haga abrir los ojos suelta un breve quejido, un gruñido que recuerda a un animal más que a una persona. Del otro lado del cuartucho al que de golpe hemos entrado, mientras tanto, María del Pilar y del Consuelo Carnero Villalobos cruza el espacio y sale por el vano en que se mece una tela deshilada y desteñida por el sol de la meseta en la que estamos.

Como quien saca la cabeza del agua tras haberse sumergido un largo rato, Félix Salvador Germán Alcántara Arreola, el tercer hijo de José Germán Froylán Argenis Alcántara Castillo y de Hilda Heredí Arreola Avella, de quienes sólo he podido averiguar el nombre y la fecha del deceso, se reconecta con el mundo lentamente, aunque

sus ojos seguirán cerrados otro rato: en la boca saborea el gusto amargo de la fiebre, con los dedos de ambas manos toca el entramado del petate humedecido por sus jugos, en la piel nota el calor que hace ahora mismo, a pesar de que ya es tarde, y en los oídos deja que se mezclen y confundan el ulular de dos lechuzas con el graznido de la urraca que hace apenas un segundo ahuyentó su esposa afuera. Es ésta la hora en la que mudan sobre el valle donde estamos los sonidos y los ruidos como mudan los colores cuando el sol acaba de ponerse y los olores cuando sale el mismo astro más temprano: las ranas dejan el lugar de su croar a las cigarras, los burros piden para sí el espacio que ocupara el canto de los gallos, los balidos de los chivos se escuchan con la misma intermitencia que se oía gritar a un halcón en la distancia y los ladridos de los perros, que sonaban como coro más temprano, dejan su lugar a los aullidos de una hembra de coyote entristecida y enlutada.

Haciendo un gran esfuerzo Félix Salvador Germán Alcántara Arreola, a quien también vamos a decirle desde ahora: Félix Salvador, es decir: haciendo un gran esfuerzo Félix Salvador recarga el peso de su cuerpo en el costado de su izquierda y tras luchar consigo mismo unos segundos logra recostarse encima de uno de sus brazos, sobre un lado de su amplísima cadera y en la pierna que le duele cuando el frío aprieta en serio. Desde hace cuatro años que hacer algo así de fácil le resulta cada día más complicado: empezó este hombre hace ya un lustro a engordar como engorda el animal que va a servirse en una fiesta. María del Pilar y del Consuelo Carnero Villalobos, mientras tanto, se arremanga en el centro del solar al que ha llegado hace un

momento y levantando la mirada observa la amplitud y vastedad que la rodea: allá en el horizonte el sol está a tan sólo un palmo de los cerros, cuyas piedras y peñones mudan de textura al mismo tiempo que se posa encima de la tierra una tenue bruma que, pensándolo mejor, es una espesa sombra en la que brillan, sin importar que uno dirija la mirada hacia el desierto, el pedregal, el campo arado, el chaparral o la alta breña, cientos de destellos: hieren las luciérnagas al aire convertidas en astillas luminosas. Por extraño que parezca este espectáculo de brillos y destellos no había sido nunca antes contemplado por Félix Salvador Germán Alcántara Arreola, que tumbado en donde está insiste ahora en lo suyo.

Tras una breve pausa que devuelve a sus pulmones su ritmo extraviado, Félix Salvador jala una larga bocanada, aprieta la quijada, tensa el cuello, echa los hombros adelante y pateando con las piernas, como patea un hombre que se ahoga el agua que lo engulle, logra recostarse boca arriba. El golpe de su espalda sobre el suelo alza una nube casi imperceptible, una marea enferma y pestilente que se asienta en el petate con la misma lentitud con que las carnes que deforman el contorno de este hombre dejan de moverse, luego de temblar y ahora ya de estremecerse. Félix Salvador Germán Alcántara Arreola subió cuarenta kilos en los últimos cuatro años y éstos son apenas los primeros: dentro de otros siete años habrá doblado ya su peso y no será capaz de levantarse, será una roncha sobre el suelo, una pústula boyante de odio y rabia que intoxicará la vida de sus hijas y de su hijo, boyante a tal grado de tirria y de coraje que envenenará incluso el porvenir de todo su linaje y el de aquellos hombres y mujeres que nazcan, vivan o sucedan cerca de éste: aquí estoy yo luchando ahora mismo

contra el tóxico de este hombre, buscando yo también sacarlo de mi cuerpo, pero de esto, como de esos otros días que a pesar de no ser éste forman parte de esta historia, hablaré en otro instante. Ahora lo único que importa es este hombre y la mujer que en el solar carga una palangana y humedece una tierra tan oscura que podría ser confundida con ceniza: María del Pilar y del Consuelo Carnero Villalobos saca el agua con los dedos como un perro saca con la lengua el líquido que bebe.

Las huellas de los pies de esta mujer que teme al polvo más que a nada aunque aquí todo sea polvo trazan su tamaño sobre el suelo humedecido y siguen a su dueña hasta el lugar en el que yace una gran tinaja: vertiendo el agua que ha sobrado María del Pilar y del Consuelo Carnero Villalobos, a quien vamos a decirle desde ahora únicamente: María del Pilar y del Consuelo o María del Pilar, no atiende el lejano repicar de las campanas de la iglesia que está del otro lado de este valle, en mitad de Lago Seco, el pueblo en el que estábamos nosotros hace rato y en el que empezó también hace ya un rato nuestra historia, una historia que ya dije: no debió empezar entonces, y ahora digo: no debió empezar en ese sitio y sí en este otro en el que estamos, este otro extremo de la Meseta Madre Buena. Al cruzar la inmensidad el repicar de las campanas pierde su potencia y al llegar hasta el solar en el que estamos, además de ya llegar mezclado con el ruido que hacen otras dos campanas que también ahora repican en la Meseta Madre Buena, es más el ruido de un cristal que se cuartea y que no alcanza ni siquiera a romperse que el clamor de dos metales enfrentándose uno al otro. Las dos campanas que acompañan el tañer de la campana principal de Lago Seco también suenan a lo lejos: repica una en la hacienda principal

del altiplano y la otra lo hace entre los cerros escarpados, en un lugar que a la vista se presume inaccesible: es la iglesia que se alza en las montañas.

Así que antes de seguir con el instante en el que estamos y a pesar de haber dicho varias veces: no hablaré de otro instante que no sea en el que estamos, tengo ahora que narrar muy brevemente, sin dejar este otro instante en que María del Pilar mete y saca la palangana varias veces del agua helada y cristalina en que su rostro a esta hora inexpresivo se refleja, y solamente porque dije en el capítulo anterior: una iglesia cuya historia contaré al ser ésta nombrada nuevamente, la historia de la iglesia erigida en las montañas. Una iglesia que, a las 12.38 del 17 de febrero de 1934, Germán Alcántara Carnero, acompañado de Will David Glover y de Camilo Mónico el Demónico Macías Osorio, redujo a un amasijo de carbones y de clavos retorcidos mientras adentro los creyentes repetían: juro también obedecer... cuando así me sea indicado... defender aun a costa de mi vida... instrumento que Dios nos ha dado. El entonces mandamás del altiplano, que años antes había sido patrón de la mitad de los habitantes de las tierras donde estamos, el mismo que este día en que acontece el capítulo presente: 8 de agosto de 1901, es el patrón de Félix Salvador Germán Alcántara Arreola, había dado la orden doce horas antes: mañana tiren de una vez por todas esa sucia iglesia, que no quede allá arriba ni uno de ellos, que arda entera y también arden sus curitas, es allí donde se juntan, donde deciden qué hacer y cómo hacerlo, donde planean: tú te escondes en las villas y yo me voy para la breña, que ellos se escondan en el pueblo y esos otros en el vasto chaparral deshabitado.

Este mismo chaparral en el que ahora, el 8 de agosto de 1901, María del Pilar y del Consuelo vuelve a dejar la palangana ante los pies de la tinaja y mira, a dos metros del lugar en que se encuentra, sobre la tierra negra que aquí todo lo sepulta, el retorcerse de las lombrices y gusanos que las gotas de agua que regara con los dedos han sacado del subsuelo. Se retuercen como el humo se retuerce cuando asciende, piensa María del Pilar dándose la vuelta y sin tener claro por qué también se dice: como la sombra líquida del humo se retuerce sobre el suelo, al mismo tiempo que yo digo: así ascendió el humo de la iglesia que quemaron el Gringo Alcántara, el Demónico y Will D. Glover el 17 de febrero de 1934, tres horas antes de bajar hacia la breña y de reunirse con el jefe que entonces encumbró a nuestro hombre al nombrarlo mandamás del ministerio. Seis horas antes, a las 06.58 del 17 de febrero de 1934, habían salido el Gringo, Will, el Demónico y Teobaldo Pascua Gómez, entonces jefe del pequeño ministerio que hace tiempo conocimos, de Lago Seco. No fue hasta ver en la distancia, el sol se había levantado ya sobre la tierra, la iglesia en que dormían, casualmente, la mayoría de los alzados, que dejaron estos hombres sus caballos, cogieron luego los bidones y las armas y echaron a andar después sumidos en un hondo silencio, arrastrándose incluso sobre el suelo y arrastrando los bidones los cuarenta últimos metros del camino improvisado: enfrente de ellos, como aguardando su llegada, una paz hasta ese instante imperturbable envolvía la iglesia como envuelve una crisálida a una oruga.

Cuando las puertas de la iglesia intentaron ser abiertas desde adentro Teobaldo y Will ya las habían clausurado: a pesar de los esfuerzos y los gritos de los hombres encerrados no había forma de

vencer al hombre que había puesto allí ya tres cadenas. En lo alto de la torre, cuando empezó a sonar fuera de su hora la campana, apareció el humo que nacía dentro de la iglesia, donde nuestro hombre había vertido, con ayuda de un traidor al que su jefe había comprado, el contenido de los bidones que trajeron desde el pueblo. Convertido en una lengua muda e inagotable el hilo negro ascendía buscando el cielo y se retorcía en su camino como las lombrices que sacó María del Pilar y del Consuelo se retorcían sobre la tierra. Cuando los cristales que cerraban las dos únicas ventanas de la iglesia, unas ventanas que se alzaban siete metros, estallaron también estaban estallando los diez hombres encerrados: antes de que el fuego los tocara el calor había puesto a arder sus vísceras, convirtiendo en ollas a presión sus ojos, vientres y cabezas. Antes de irse, cuando la iglesia había ya sido reducida a un amasijo de carbones y de clavos retorcidos, el Gringo Alcántara, alzando un pequeño Cristo que escapó a las llamaradas, observó un cuerpo en la distancia y gritó: ¡hay alguien detrás de aquellas piedras! La persecución que sobrevino, sin embargo, no es ahora importante: importa ahora tan sólo el instante en que María del Pilar, la única hija que unos padres cuyos nombres no han sido rescatados del olvido enviaron a la Meseta Madre Buena para salvarla así de una epidemia que arrasó con varios pueblos, es sorda como piedra y no oye las campanas que a lo lejos siguen repicando.

En el interior del jacalucio, por su parte, Félix Salvador Germán Alcántara Arreola sí que escucha el repicar de las campanas y emocionado aún de haberse colocado boca arriba imagina que es por él por quien redoblan estas tres campanas. Luego abre este hombre la boca lentamente, saca la lengua y sopla escupiendo

innumerables gotas de saliva que le caen en la papada: una masa enrojecida, abultada y veteada por el trazo ennegrecido de sus venas. Sin decidirse a limpiarse la saliva que también escurre en su barbilla, Félix Salvador decide que ahora mismo lo que siente es calor y que no es fiebre lo que hace arder sus corvas, los pliegues de su carne y la piel de su cabeza, donde cuelga en hebras gruesas y limazas, como cuelgan los gusanos en los picos de las aves, su pelo gris y grueso. No es por el calor que estoy mojado, se dice otra vez este hombre que otra vez también ha derrotado a este malestar que lo aqueja a cada tanto y que es una de las muchas consecuencias de aquel día ya lejano en que sufrió su organismo el primero de sus grandes apagones. Asqueado del calor que lo castiga el hombre que ahora vemos piensa: lo único que falta es destaparme, y con los pies hace dos grúas que se mueven hacia atrás y hacia delante, arrastrando así la manta que lo cubre: es como ver salir una anaconda del capullo de una mariposa.

Sólo cuando el cuerpo de Félix Salvador, empapado de sudor, invadido de ronchas y desnudo en su completa magnitud, se muestra íntegro se entiende la gravedad de la dolencia que arrasó con su salud y los peligros que dejó sobrevolando la descompostura que siguió al instante en el que su tiroides dijo: basta. Soliviantado por la etérea y breve sensación que a uno lo embarga cuando el cuerpo enfebrecido es descubierto, Félix Salvador, el primer hombre de esta historia que se nutre con coraje y rabia y ansias y a quien vamos a decirle: El primero pues tras verlo aquí desnudo no dan ganas de otorgarle un nombre humano, es decir: soliviantado por la etérea y breve sensación que a uno lo embarga cuando el cuerpo enfebrecido es descubierto, El primero se siente bien por un instante

y piensa que es momento de abrir ya sus dos párpados. No había querido este hombre abrir los ojos pues temía ver de nuevo las imágenes que ayer miró a consecuencia de la fiebre, no quería abrir los ojos pues temía seguir enfermo y delirante, ver de nuevo la pesada lluvia de tarecuas y de cuernos que caía hace unos días encima de su cuerpo. Poco a poco reconoce El primero el rayo blanco, podría decirse casi gris si no fuera porque esto es imposible: el sol está a punto de sumirse en las montañas y lanza al mundo sus luminiscencias más plomizas, que se cuelan entre las hojas de la techumbre. Recargada en la pared del gallinero, mientras tanto, María del Pilar observa la puesta del gran astro y decide que ya es hora de volver hacia su casa, donde una de sus hijas, María del Sagrado Alcántara Carnero, llora indiferente a si su madre puede o no escucharla.

María del Pilar camina encima de las huellas que sembrara hace un momento en esta tierra que además de ser oscura está marchita y en silencio cruza luego el solar en el que duermen varios perros. En las alturas giran presumiendo el poderío de sus alas varios carroñeros y entre los círculos que trazan se ven, cada tanto, como lanzadas por una catapulta, algunas aves más pequeñas. Sobre el chaparral que sirve de garganta al altiplano, donde algún día estaráemplazada la gran presa en la que va nuestro hombre a ahogar, el 18 de noviembre de 1944, la enorme huelga de la que no voy ahora a hablar pues no ha llegado su momento, se encienden los jacales uno detrás de otro: brillan como teas los hogares de este trozo de planeta pues los hombres y mujeres que lo pueblan, un total de 39 adultos y de ciento ochenta y poco niños, aquí y ahora no existen aún ni los muchachos ni los jóvenes, han encendido sus fogones,

sus mechas de sebo y sus pequeñas veladoras apenas el sol se ha ocultado. En torno a estas luces trémulas se hinchan lentas pero también irremediables las sombras que recorren todo el valle y que le roban a las cosas sus colores, sus texturas, sus contornos y sus trazas.

Haciendo a un lado la raída tela que en el vano cuelga ahora convertida en una negra catarata, María del Pilar y del Consuelo entra en la casa que ha habitado durante los últimos siete años pero antes de hacer lo que había venido a hacer: dar fuego a las mechas de sus sebos pues es este jacal el único que aún sigue entre penumbras, ve que la manta que cubría a su marido yace hecha un ovillo y que el hombre con quien vive ha despertado y ha dado la vuelta a su enorme cuerpo desvestido. Instintivamente María del Pilar vuelve el rostro hacia otro lado y siente ganas de salirse: porque le da asco no quiere mirar hacia ese cuerpo en cuyos pliegues la piel color bronce se vuelve casi negra, hacia ese cuerpo en que la carne se revuelve imitando el conflicto de tres puercos. Observando ahora la tela que en el vano aún ondea tras el contacto de su mano al meterse en este sitio, María del Pilar y del Consuelo siente ganas de quedarse en el solar toda la noche, mejor aún: de no volver a entrar jamás en el jacal en el que estamos: debería yo salirme, se dice esta mujer que no quiere mirar a su marido ordenar algo que no está dispuesta a hacer ella. Han sido varios días y varias noches las que él ha estado ausente, mejor dicho: así como ausente, piensa ahora esta mujer que siente como un golpe el despertar de Félix Salvador Germán Alcántara Arreola.

Como si adivinara que alguien lo está viendo, Elprimero gira el rostro hacia la izquierda y el pedazo de jacal que no veía invade sus

dos córneas: la que mira y la que ya no observa nada, el ojo vivo y el que está en cambio muerto. Los dos seres que ahora vemos observarse entre unas sombras que se vuelven poco a poco más espesas no completan si no es juntos los sentidos, no completan si no es juntos la posibilidad de subsistir en este reino que ahora mismo se ilumina: María del Pilar ha dado fuego a una mecha. Pero no hay que confundirse ni tampoco apresurar sencillas conclusiones: sus discapacidades no fueron terminantes en su encuentro ni tampoco en la unión de estos dos seres, la razón de esta unión hay que buscarla únicamente en la época, el lugar y la pobreza que vivían al encontrarse: unos años, un desértico altiplano y una pobreza en la que lo único que había de sobra era hambre, frío y hartazgo. Cuando la luz del sebo ahuyenta toda la penumbra el ojo que aún le sirve a Félix Salvador observa la figura que a dos metros se recrea y se despiertan en su cuerpo los impulsos que sacuden sin aviso el alma de los hombres, los envíos que se adueñan de la carne y de la sangre, los latigazos de deseo que le exprimen a uno la razón: está a punto de pasar algo importante en nuestra historia, una historia que, justo en este instante, une, como une una bisagra a una puerta con un marco, la vida de nuestro hombre con las vidas de sus padres.

Este es el instante que podría pues haber dado comienzo a nuestra historia, una historia que ya dije: podría haber sido aquí el instante en que empezara:

el 8 de agosto de 1901, a la hora en la que el sol se ha hundido ya tras las montañas y en el aire buscan los hambrientos carroñeros las señales de la muerte, Elprimero, quien hace nada se ha curado de una fiebre pasajera y hace apenas un segundo abrió los ojos,

observa con el globo vivo de su rostro la silueta de su esposa recortada por la luz tibia del sebo y con la mano empieza a masajearse los testículos y el tallo de su verga, donde el ansia se despierta como un soldado se despierta cuando escucha el estallido de una bomba. María del Pilar y del Consuelo, en cuya mano arde la mecha que da luz a este momento, observa por su parte el movimiento de las manos de su esposo y el temblor del globo que en su rostro no consigue, no ha conseguido nunca estarse quieto: es como ver un huevo putrefacto rebotando en un frasco de vidrio. Hoy debería haberse levantado, piensa la mujer que ahora deja el fuego en una tabla: estaría ahora cansado, muerto de haber ido hasta la hacienda, insiste en silencio esta mujer que ahora observa la intrincada red de cicatrices que atraviesa por la frente, la sien y el párpado izquierdo de Elprimero, cuyas hormonas bullen desbocadas.

Al mismo tiempo que María del Pilar observa el levantarse de un brazo enfrente de ella, del otro lado del jacal en el que estamos llega nuevamente el lloriqueo de una niña: es la criatura que hasta ahora aún no había chillado, una pequeña que grita aún más fuerte que su hermana, a quien arrastra a la vigilia ahora mismo y son ya dos niñas las que lloran. María del Pilar y del Consuelo, que parió a la segunda de estas niñas hace apenas cuatro meses, tampoco ahora se entera de los ruegos que María del Sagrado y Heredí de los Consuelos Alcántara Carnero lanzan: la piel del cuerpo, que otras veces le ha servido para oír los ruidos de su entorno, se le ha entumido al ver que el brazo que su esposo levantara hace un instante ahora le ordena que se acerque. Por la frente de esta mujer rueda una gota diminuta de sudor y en su rostro tembloroso sus

facciones siempre firmes se derriten cuando avanza hacia el petate donde el cuerpo de su esposo, que también hace un instante retiró la piel del glande que ahora brilla como brilla su ojo muerto, se desparrama, suda y late. Con un gesto impropio de su peso Elprimero atrapa la muñeca de su esposa al mismo tiempo que levanta la carne blanda de su vientre: Félix Salvador ha hecho sitio en su cadera y María del Pilar se deja jalar mientras sus niñas chillan con tal fuerza que una rata, intrigada por el ruido, asoma la cabeza entre dos palos.

En torno al frágil jacalicho en el que estamos los perros que dormían se levantan y dibujan con su andar una órbita de círculos concéntricos: el llanto de las niñas ha inquietado sus impulsos y querrían meterse al jacalicho, donde Elprimero abre la boca al observar el levantarse de la falda y las enaguas que hay delante de él y ahora la cierra pues ha visto a espaldas de su esposa una sombra, un movimiento extraño tras el cual, aún más lejos, cree haber visto, a través del hueco que dejan dos tablones, caer del cielo varios cuernos y quizás una tarecua: es como ver de nuevo los engaños de la fiebre. Sacudiendo la cabeza Elprimero echa de su mente estas ideas como un perro echa el agua que lo moja al sacudirse y al hacerlo escucha el crujir de las rodillas de su esposa, en cuyo rostro las gotas de sudor son tantas que pareciera estarse disolviendo. A doscientos metros de este sitio, mientras tanto, llenan sus barrigas cuatro zopilotes, un par de buitres pardos y un quebrantahuesos: son éstos los carroñeros que Elprimero confundió con los bastardos de su fiebre. Dentro de un par de minutos no quedará ni un solo rastro del coyote que ahora mismo se disputan estas siete aves hambrientas y que hace apenas tres o cuatro días

fue alcanzado por la furia de un hombre que, acompañado por sus perros, le dio caza y dejó viuda a la hembra que hoy aullaba más temprano como aúllan las dos niñas aquí adentro.

El lamento de estas niñas inquieta aún más a la jauría de allá afuera y basta con que suene un primer ladrido para que todo sea su eco: escuchando los ladridos y arrancando de su esposa el fondo y los calzones Elprimero, sin saber muy bien por qué, a cuento de qué o para qué, recuerda el día lejano en el que él y sus hermanos, mientras vaciaban el corazón de un agave con la semilla que un tío les prestara, levantaron la mirada al horizonte y observaron una enorme tolvanera que crecía en la distancia, una enorme tolvanera que arrastraba tras de sí un ruido seco, entrecortado y batiente: era casi como ver una muralla en movimiento, casi como ver una ola en tierra. El sonido sordo y hondo que salía de aquella nube se descubrió después de unos minutos: era el golpeteo de cien caballos cabalgando, los aullidos de otros tantos perros y los pasos, el griterío y los silbidos de una enorme masa de hombres. Cuando la marea alcanzó el sitio en el que estaba, inmóvil y encantado a consecuencia de una extraña y poderosa sensación que años más tarde intentaría describir asegurando: fue una mezcla de ansia y miedo, Elprimero suplicó ser acogido por el grupo de jinetes que venía acompañado por los padres, los abuelos y quizá los bisabuelos de los perros que allá afuera todavía están ladrando.

Como sucede siempre que un grupo de perros ladra a la noche y a la nada, todo acaba en un feroz enfrentamiento que convierte los ladridos en gruñidos y en aullidos los chillidos: uno tras otro van tumbándose los animales más pequeños, después se rinden los miedosos y al final ofrendan las costillas y el pescuezo los enfermos,

los medianos y los viejos. Cuando en pie ya solo quedan los dos perros más correosos y valientes el silencio vuelve a posarse en el solar como se posa un muerto en su agujero y lo único que se oye son los ruidos que se escapan de aquí dentro: entre los llantos de las niñas yacen camuflados los jadeos, resuellos, resoplidos y mugidos de Elprimero y los quejidos, estertores y lamentos de María del Pilar y del Consuelo, a quien después de este momento deberíamos referir de otra manera, quizá sin hacer uso de su nombre: Del Pilar y del Consuelo, quizá mejor únicamente: Delconsuelo, es decir: y los lamentos de Delconsuelo, quien de pronto, al tiempo que la embisten con violencia, consigue evadirse y recordar los días al lado de su esposo: por primera vez esta mujer que estamos viendo siente que odia al hombre que la abraza y que va a odiarlo aún más tras este día: tuerto hijo de puta, pronuncia Delconsuelo en su cabeza y al hacerlo cae en la cuenta del mutismo de los años y su peso: su esposo no le ha dicho nunca cómo fue que perdió el ojo, no le ha dicho pues: fue en una escaramuza con las tropas federales, cuando aún era un cinacho levantado, donde su caballo, asustado por el fuego y por las piedras que siguieron al impacto de una bala de cañón sobre la tierra, volcó lanzándolo a un grupo de rocas y una laja afilada por el viento y por el agua recibió gozosa su mirada.

Qué bien te sentó siempre mi sordera, se dice Delconsuelo sin dejar de ver el ojo muerto de Elprimero y sin soltar el pensamiento que la evade: qué bien te vino no tener que decir nada, no tener que pedir nada, no tener que explicar nada. En el vientre de Delconsuelo el odio se hincha como se hincha un pie que se gangrena y abriendo la boca, al mismo tiempo que asevera en su silencio: qué bien te

hizo que yo no dijera nada, la mujer que estamos viendo escupe contra el ojo muerto de su esposo. El primero siente el impacto y trata de explicarse lo que pasa pero un nuevo salivazo da en el centro de la vieja cicatriz blanda y grisácea que lo ciega: ¿qué mierda estás haciendo?, pregunta sin usar ni una palabra, con un gesto de las manos y la boca, este hombre que en lugar de una respuesta obtiene un nuevo escupitajo. Enfurecido El primero abraza el cuerpo que hay encima de él y apoyándose en los muslos ásperos y fríos que ahora intentan vanamente levantarse consigue que su glande alcance el fondo de una boca que se ha vuelto hace un instante una lata oxidada. Con la barbilla apoyada en el hombro de su esposa Félix Salvador Germán Alcántara Arreola cierra los dos párpados y la saliva tibia y pegajosa de Del consuelo escurre por su rostro como escurrió la sangre el día del accidente: ojalá hubiera perdido sólo el ojo, piensa este hombre sin detener el frenesí de sus embates: ojalá no hubiera vuelto solo, humillado y sometido, añade separando ahora el rostro de su esposa y apurando su delirio asevera a voz en cuello: nos dejaron acabados y así sin más dijeron: váyanse y no olviden que las cosas que a los seres como ustedes no les bastan son también las únicas que ustedes se merecen.

Chicoteando el cuello varias veces El primero vuelve a echar de su cabeza los recuerdos que amenazaban con vencerlo y despegando su inmensa cadera de la tierra levanta a su esposa: parecería querer meter el cuerpo entero en la vagina de Del consuelo, quien por su parte lo único que quiere es que este instante en el que estamos se termine: órale animal apúrate y acaba, se dice en silencio esta mujer que al hacerlo utiliza otras palabras, las palabras

de un lenguaje que inventó hace mucho tiempo: acaba y deja ya que me levante, añade luego. Pero antes de que empiece Delconsuelo a pensarlo Félix Salvador abre la boca, vomita un gemido pegajoso, echa la cabeza para atrás, tensa los dedos de las manos y se deja recorrer por un calambre que en su cuerpo es un temblor etéreo. Cuando el instante de su gozo ha terminado Elprimero posa sobre el suelo la cadera, empuja con las palmas de sus manos a la mujer que tiene encima y resuella empapando de saliva su papada, su pecho y buena parte de su abdomen. Luego vuelve en sí muy lentamente y al notar los lloriqueos de sus hijas, de la menor y de esa otra que nació antes con las facciones encogidas y la lengua escurriendole en la boca, señala el lado opuesto del jacal en el que vive, levantando el brazo que hace rato usó para ordenar: ven a este sitio.

Delconsuelo alza el rostro, mira el sitio que su esposo le señala y sintiendo que en el fondo de su cuerpo se aferra la simiente de la ira se levanta: debe de estar alguna de sus dos niñas llorando. Mientras cruza el espacio en que la luz del sebo tiembla las facciones de Delconsuelo, quizá sea hora de volver a usar su nombre: María del Pilar, es decir: las facciones de María del Pilar, unas facciones endurecidas por la tirria, no hallan el lugar que hasta hoy habían tenido y se ven así obligadas a buscar un nuevo sitio: ver ahora a esta mujer es como ver al mismo tiempo a una mujer que no habíamos antes visto, una mujer cuyas cuatro extremidades obedecen prestas la orden que les llega en el idioma que comprenden: dejen ya de estar temblando. A partir de hoy María del Pilar convivirá con este gesto dislocado y este cuerpo recubierto de una capa de coraje que habrán los hijos y los nietos de heredar, de

esta mujer cuyo marido observa el rápido encogerse de su pene. Al llegar ante sus niñas y descubrir que son las dos las que se quejan María del Pilar permite que el coraje se evapore y que en su alma ocupe la vergüenza todos los rincones: tiene ganas de ir al pozo, de meterse allí desnuda, de quedarse para siempre en ese sitio, alimentándose de lodo.

Afuera del jacal en el que estamos los perros y las perras, agotados tras la riña, van también hundiéndose en sus sueños, conducidos por el suave canturreo de María del Pilar y del Consuelo, a cuyas espaldas Elprimero también cae dormido en un instante: sueña con los años en que aún no estaba enfermo, con los años en que aún podía pelearse, con los años en que aún era un cinacho. Cuando la mecha de sebo tiembla y amenaza con terminarse, las dos niñas miran redimidas a la mujer que con cuidado las devuelve al suelo y pone en jarra los dos brazos, junta luego las dos piernas, las separa tras sentir sus humedades, arquea la espalda, la endereza nuevamente y echa a andar hacia la puerta, que tras cruzar la saca hacia la noche y la inmensa oscuridad que aquí todo lo sepulta: es la misma oscuridad que va nuestro hombre a mirar durante cada atardecer del año que algún día mediará entre su renuncia y el día que en la página siguiente nos aguarda, un día que si aún le hiciera falta a esta historia un comienzo, podríamos decir: es ese día su comienzo.